

EDITORIAL

Geografía: ¿Ciencia del existir?

Geography: Science of existence?

Desde sus orígenes, el ser humano se ha interesado por conocer el mundo que lo rodea –y el que no también, y se ha dedicado con esmero a tratar de describir lo que observa, a clasificar estas observaciones, utilizando variadas formas para ello, pero también ha hecho grandes esfuerzos por comprender ese mundo. Los cultores de la Geografía también se han preocupado por describir y entender el mundo, pero principalmente la Tierra: sus orígenes, la vida y sus innumerables combinaciones, las relaciones entre sus componentes constitutivos, qué hemos hecho con ella desde el inicio de los tiempos y cuál su resultado.

Desde los tiempos primigenios, la gran inquietud de quienes se desvelaban por conocer el lugar en el que vivían, pero también los próximos a éste, era intentar describir con el mayor grado de detalle todo lo que observaban, pues de ello dependía su existencia. En este proceso, surge la Geografía, la que nace, como diría Milton Santos, como una ciencia que desde siempre se ha definido como una descripción de la Tierra, de sus habitantes y de las relaciones de éstos entre sí y de las obras resultantes.

Hasta Varenius (1622-1650), la mayor parte de lo que se sabía de la Tierra y sus habitantes no estaba muy organizado. Su trabajo fue el primer intento sistemático de separar la Geografía de la Astronomía. Ciertamente, en su *Geografía General* concentró los estudios sobre la forma, magnitud y movimientos del planeta, mientras que dejó para la *Geografía Especial* lo concerniente a la descripción de lugares y regiones. Sin duda, lo hecho por quien es considerado el fundador de la Geografía científica marca un antes y un después, en relación a la organización del saber geográfico conocido hasta mediados del siglo XVII.

A partir del siglo XIX, la Geografía comienza a transitar diversos caminos teóricos y metodológicos que traen como resultado que, progresivamente y muchas veces de manera simultánea, sea definida como ciencia de la Tierra, ciencia espacial o ciencia social. Cada una de estas interpretaciones la ubica desde la perspectiva de su objeto de estudio: el espacio geográfico.

Para el momento de su institucionalización académica (mediados del siglo XIX hasta las primeras décadas del XX), su interés se centraba en el estudio de la *superficie de la tierra*, estando su naturaleza condicionada por la unidad terrestre vista como un organismo funcionalmente interactuante en sus elementos y procesos. Esta concep-

ción empirista identifica al espacio geográfico como una base material separada de la sociedad. De esta forma, la Geografía es vista como una ciencia de la Tierra, que arropa tanto al mundo natural (Geografía Física) como al del hombre (Geografía Humana), pero también a la General y a la Regional. No es por azar que La Blache señalara a comienzos del siglo XX que la Geografía era la ciencia de los lugares, más no de los hombres; en otros términos, el hombre importa en tanto que está en ese lugar (región) y participa en definirle a éste su ‘personalidad’.

Más adelante, el interés se coloca en la organización del espacio, pasando la superficie de la tierra a un segundo plano. Los términos procesos espaciales, estructuras espaciales son muy importantes, por cuanto importa saber cómo se expresa espacialmente la relación hombre-medio. Desde esta perspectiva, la Geografía se asume como una ciencia espacial y el espacio geográfico se concibe en términos abstractos. Sin embargo, muy pronto se señala que desde esta postura teórica existe una búsqueda forzada de isomorfismo entre procesos naturales y sociales, partiendo de teorías sociales y naturales, pero sin concederle importancia al devenir como factor esencial en la construcción de esa organización espacial.

Se afirma en verdad que el tema de preocupación de la Geografía debería ser cómo se manifiesta la interacción de una sociedad organizada –social, económica y políticamente–, con su entorno más próximo y más lejano, pero también su resultado –de la interacción– debería formar parte de la misma. Desde esta perspectiva, la relación hombre/medio es sustituida por la relación sociedad/naturaleza y, en su constante y no resuelta contradicción, el espacio geográfico sería un resultado social, en permanente proceso de construcción.

Si hablar entonces de Geografía es sinónimo de humanidad, de vida, por qué no hablar de existencia. Por qué no asociar la Geografía con el existir. Por qué no pensar que el espacio geográfico es la sociedad transformada en existencia: la sociedad siendo el ser y el espacio la existencia. Con lo señalado sólo se quiere resaltar que si se parte por considerar que la sociedad, en tanto que totalidad, es un conjunto de posibilidades, de su esencia forma parte el movimiento, el cambio; es decir, con un presente no realizado todavía. La sociedad (o el ser), ya transformada en existencia, se corporeiza en formas geográficas que concretizan a la realidad en movimiento, expresando el hoy (su contenido existencial), siendo el ayer y la posibilidad del mañana.

De allí que el espacio geográfico, tal y como lo afirma Milton Santos, no sea una cosa, ni un sistema de cosas, sino una realidad compuesta por relaciones: cosas y relaciones formando un conjunto indisoluble. Por ello, su definición sólo se constituye con referencia a otras realidades: la naturaleza y la sociedad, mediatizadas por el trabajo. El espacio no sería por tanto, solamente el resultado de una interacción entre el hombre y la naturaleza, así como tampoco una combinación formada por la sociedad actual y el ambiente.

El espacio debe considerarse como un conjunto indisociable en el que participan, por un lado, una particular combinación de objetos (geográficos, naturales y sociales) y, por el otro, la vida que los anima; es decir, la sociedad en movimiento. El contenido (la sociedad) no es independiente de la forma (objetos), y cada forma encierra una fracción del contenido. El espacio, por consiguiente, es un conjunto de formas, cada una de las cuales contiene fracciones de la sociedad en movimiento, cumpliendo de esta manera funciones específicas en la realización social.

Desde esta perspectiva, es evidente que del contenido existencial del espacio geográfico participan componentes naturales y sociales. Sin embargo, esta participación no se realiza en igualdad de condiciones, puesto que los primeros, aun cuando son resultado de causas definidas, no responden a finalidad alguna (los procesos naturales no son teleológicos) y, en consecuencia, para su explicación no intervienen categorías valorativas; los segundos, por el contrario, sí reconocen finalidad. Por tanto, si la sociedad es el ser y el espacio la existencia, la primera transformada en existencia a través de procesos impuestos por sus propias determinaciones, la Geografía debería ocuparse del existir, por cuanto el hombre social, para satisfacer sus necesidades (reino de las determinaciones) hace que cada forma aparezca como una forma-contenido, factible de analizar en tanto que unidad, pero nunca separada del conjunto del que es parte integrante; de allí que cada forma-contenido esté preparada, a su vez, para influir en el cambio social. Es un movimiento permanente, y por este proceso infinito, la sociedad y el espacio evolucionan contradictoriamente. ¡Este, y no otro, es el espacio que debe ser objeto de interés de la Geografía!

Delfina Trinca Figuera
Editora Responsable